

## LA FAMILIA VENEZOLANA

*Maritza Barrios Yaselli*

Reciban todos un cordial saludo de bienvenida a esta Semana de reflexión y diálogo sobre “La Familia venezolana, sus retos y sus perspectivas”, un tema siempre de máxima importancia y vigencia por sus implicaciones en nuestras vidas, el bien común y el progreso de la sociedad.

Este año, por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas, se celebra el “Año Internacional de la Familia”. El Papa Juan Pablo II ha expresado su deseo de que la Iglesia se sume a esta celebración y ha formulado un especial llamado para redescubrir y afianzar los valores fundamentales de la familia cristiana. Por su parte, la Conferencia Episcopal Venezolana, en declaración del 11 de julio de 1993, acogió esta invitación como ocasión propicia para impulsar diversas iniciativas que fortalezcan el papel de la familia como célula básica de la sociedad y de la Iglesia.

En este contexto, la Universidad Católica Andrés Bello y el Instituto de Teología para Religiosos, con el apoyo del Departamento de Familia de la Conferencia Episcopal, han organizado estas jornadas como un espacio para el análisis de la realidad de la familia venezolana en sus complejas dimensiones socio-políticas y en una perspectiva cristiana. Se aspira que de la reflexión acerca de esta realidad y a la luz de experiencias y alternativas de acción pastoral, podamos vislumbrar caminos posibles para que la familia venezolana pueda ser, como lo afirma nuestro Episcopado en la Declaración antes citada,

“la fuente de donde renazca la esperanza de respuesta” a los múltiples problemas que hoy sufre el país.

La familia es el primer grupo social del cual forman parte los individuos, su puerta natural de acceso al cúmulo de conocimientos, normas, valores, usos y costumbres que constituyen la cultura de la sociedad donde nacen. La vida de todo ser humano es una historia de convivencia y participación en grupos. Pero la mayoría de las relaciones que llega a establecer el hombre en su vida social tienen un carácter instrumental, es decir, son un medio para obtener un fin: educación, trabajo, diversión, crecimiento espiritual, por ejemplo. En la familia las relaciones son personales y tienen valor en sí mismas. Cuando estas relaciones son verdaderas y maduras, se crean lazos de afecto, intimidad y aceptación incondicional propicios para el sano desarrollo de la personalidad. Con toda razón, el Papa Juan Pablo II, en la introducción de su “Carta a las Familias”, del 2 de febrero de este año, afirma que el hombre debe a la familia “el mismo hecho de existir como hombre”, que “cuando falta la familia, se crea en la persona que viene al mundo una carencia preocupante y dolorosa que pesará posteriormente durante toda su vida”.

El mensaje de la Iglesia sobre la familia enfatiza su identidad como comunidad estable de amor fundada en el matrimonio y abierta a la vida, donde el amor de los esposos se prolonga en el amor a los hijos y todos aprenden a vivir la donación sincera de sí; escuela que por ser de amor lo es de humanidad, el primer espacio para el compromiso social, el lugar privilegiado de formación y evangelización; “iglesia doméstica” que contribuye a la existencia y al desarrollo de toda la Iglesia.

Entre las múltiples misiones que está llamada a cumplir la institución familiar es importante destacar la función educadora de los padres. La familia es el entorno donde el ser humano obtiene el primer concepto de sí mismo y la primera percepción del mundo; donde se forman los sentimientos hacia los demás y se adquieren habilidades y conocimientos que aseguran la propia supervivencia y la capacidad para transformar el medio. Entorno insustituible para la vivencia y la enseñanza de los valores sociales, éticos y espirituales. Ambito privilegiado para la evangelización y el crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad cristianas.

En la medida que la vivencia familiar sea positiva y que el hogar se constituya en “auténtica escuela de amor” que forma a los hijos en el respeto de la dignidad de cada persona, en esa medida el ser humano se integrará a la sociedad como ciudadano solidario y productivo. Así podemos afirmar que la calidad de vida en familia es el fundamento de la calidad de vida de la sociedad como un todo y el centro desde donde se puede lograr su transformación.

Pero la familia no siempre es capaz de constituirse en esa “escuela de amor”, formadora de personas psíquicamente equilibradas y socialmente adaptadas. No siempre los hombres y mujeres están preparados para el cultivo de una relación madura o para llevar a cabo las tareas educativas, y no siempre cuentan con los medios necesarios para su sana subsistencia.

En la dinámica familiar son frecuentes los problemas de relaciones entre la pareja y con los hijos; problemas que, cuando son mal llevados, pueden conducir a la ruptura del hogar con todas sus repercusiones morales, sociales y económicas. La crisis familiar también puede producirse por factores externos que dificultan la convivencia. Pues la familia se relaciona y es afectada por un sin número de organizaciones y procesos sociales creados muchas veces para garantizar su subsistencia y apoyarla, pero que en su devenir la debilitan y condicionan el ejercicio de sus funciones. En la vida moderna, el mundo del trabajo, la escuela y los grupos de diversión tienen demandas propias que restan tiempo al cultivo de las relaciones familiares. En las zonas urbanas crecen los hogares-dormitorios, sin cohesión interna, donde la carencia no es tanto de bienes, como de afectos y compromisos; en los que muchas veces la indiferencia y el desinterés se disfrazan de una pretendida neutralidad ante la libre autodeterminación de los hijos o la pareja.

No podemos olvidar que la familia venezolana hoy está afectada severamente por presiones sociales y económicas: salarios insuficientes, inflación y desempleo; la ineficiencia de los servicios públicos; el creciente déficit de viviendas; la cultura de la violencia con sus secuelas de angustia, avasallamiento e indefensión; la influencia deformante de los medios de comunicación social, en especial la televisión, miembro privilegiado de todos los hogares, que llega hasta sustituir la función educativa de los padres; finalmente, los peligros de una cultura permisiva en cuestiones que afectan la estabilidad e integridad del núcleo familiar en la perspectiva cristiana: el

homosexualismo, el sexo libre, el antinatalismo, el aborto, la paternidad y la maternidad irresponsable, el consumismo, el hedonismo y el utilitarismo, en otras palabras, los riesgos de una cultura que tiende a separar cuerpo y espíritu, a privilegiar lo individual y las conductas egoístas, explotando las debilidades humanas.

Tampoco podemos olvidar que la mayoría de nuestros niños nacen en hogares inestables y en una cultura de la marginalidad, rodeados de carencias afectivas y materiales. Todos conocemos las secuelas de una cultura tradicionalmente machista y permisiva en el orden moral: familias cuya cabeza es la madre con hijos de padres desaparecidos, niños abandonados, maternidad adolescente, soledad, violencia física y psicológica. Millones de hogares viven en ambientes que no tienen las condiciones mínimas para una convivencia realmente humana.

Por otra parte, la participación laboral de la mujer ha reducido el contacto con los hijos y ha contribuido a elevar la conflictividad entre los sexos, incluso en el matrimonio. Las diferencias generacionales son cada vez más marcadas y ahora los padres se sienten menos seguros de poder orientar el comportamiento de los hijos.

Desde hace muchos años las afirmaciones sobre la crisis de la familia, como víctima de fuerzas que la desvirtúan o deforman, son comunes en los textos académicos, los documentos eclesiales y los trabajos de divulgación periodística. La novedad, como se afirma en el documento de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo, es que los problemas familiares se han vuelto “un problema de orden ético-político”.

Hoy en nuestro país, cuando se toma plena conciencia de la crisis de un modelo de desarrollo y de organización política que no satisface las necesidades y aspiraciones de las grandes mayorías de la población; cuando se siente con más urgencia el deseo de construir una sociedad más justa, participativa y humana, se vislumbra entonces el papel fundamental que puede jugar el fortalecimiento de la institución familiar. Con toda razón los Obispos Venezolanos en su declaración de julio de 1993 se refieren a la familia como “fuente de esperanza”.

Pues a pesar de la cruda realidad que percibimos en extensos sectores de la sociedad, en Venezuela existe la tradición de la familia solidaria, fundamentada en el amor incondicional de la pareja, los hijos y los parientes; la familia que ha sabido vivir y transmitir valores trascendentes, que ha sido capaz de enfrentar adecuadamente sus problemas y luchar honestamente por su subsistencia, la familia que de una generación a otra ha progresado y contribuido al bienestar de los demás.

En el fondo de esa esperanza está la convicción de que la familia, como institución de origen divino, está llamada a ser el centro y corazón de la humanización del mundo.

Frente a la difícil y compleja realidad de hoy, nos preguntamos qué podemos hacer para contribuir al fortalecimiento de la familia venezolana, más allá de la denuncia, el análisis doctrinal y empírico del problema, o el acompañamiento solidario a las familias en crisis.

A lo largo de esta semana, los conferencistas tratarán sistemática y profundamente distintas facetas de la realidad y nos expondrán su visión sobre posibles intervenciones. Sin embargo, no quiero dejar pasar la oportunidad de expresar una breve reflexión desde mi perspectiva como profesional de la educación.

El aporte de la escuela de la Venezuela de hoy, en la formación de valores éticos y de la convivencia ciudadana, la educación de la voluntad y actitudes fundamentales como la laboriosidad, la solidaridad o la lealtad, es muy precario. Ello obedece, entre otros posibles factores, a una errada concepción del currículum escolar y a la pérdida del liderazgo moral e intelectual del docente. En la enseñanza de las destrezas instrumentales básicas, como son la lectura, la expresión oral y escrita y el razonamiento cuantitativo, el rendimiento deja mucho que desear. Por variadas razones, el problema se presenta con más gravedad en las escuelas públicas, por lo que desde los primeros grados se establece una suerte de diferenciación con efectos irreversibles en las historias personales de los venezolanos. Además, el sistema educativo hace muy poco para neutralizar los mensajes distorsionantes de los medios de comunicación social.

Ante esta realidad, la familia debe asumir a plenitud su función educativa,

función que, en todo caso, la institución escolar complementa, no sustituye ni disminuye. Además, es importante recordar que la familia es el único ambiente de educación que tienen más del 50% de los niños en edad de educación preescolar, y el mejor apoyo para que los hijos puedan lograr mayores rendimientos escolares; recordar también que la niñez y la adolescencia son períodos especialmente sensitivos para la adquisición de valores cívicos y morales.

Los padres son potencialmente los principales y mejores educadores que puede tener un ser humano por dos razones: en primer lugar, por los vínculos de afecto y el sentimiento de seguridad que pueden proporcionar a los hijos; en segundo lugar, por el ejemplo vivo de la convivencia. Otro asunto son sus capacidades. La buena voluntad no basta. Y aquí radica el reto para las propias familias, que deben poner lo mejor de sí para su preparación, y el reto para la sociedad, el Estado y la Iglesia, que con políticas y acciones deben contribuir a reforzar este papel.

Salvo experiencias aisladas, en nuestro país no existe una educación para constituir familias. Se aprende a ser esposos y padres intuitivamente, repitiendo experiencias familiares o reaccionando contra ellas. Necesitamos una política educativa y de los medios de comunicación social que eduque a la población para la paternidad y la maternidad responsable, la integridad de la familia, el respeto de la persona humana y los derechos fundamentales de los niños. Necesitamos formar a los padres como educadores, creando conciencia de su misión y facilitándoles el acceso a los conocimientos logrados por las ciencias, particularmente la pedagogía y la psicología. En síntesis, necesitamos una política de Estado que proteja y ayude a la familia venezolana como primer espacio educativo para el desarrollo humano.

Que esta semana sea fecunda en reflexiones y compromisos personales, para que con la sabiduría, la compasión, la voluntad y la acción colectiva, contribuyamos a que la familia venezolana sea cada vez más una auténtica fuente de esperanza para la transformación de la sociedad y la construcción de la paz.